

la con ocho hombres de armas y dos acemilas con víveres para que no tuviesen que pasar mal rato.

Hubo sacado casa del rico hombre, el que asistieron todos los hidalgos é hidalgas de la villa para acompañar á doña Juana á dudar este sacio poco mas de dos horas: recibiese doña Juana á las diez para levantarse á las once y á la hora en que doña Juana se recogió, Melchor Zancudo y con él Juana.

CAPITULO XI.

de quienes no se despegaba, no fuera que se le escapasen, y con ocho hombres de armas, emprendió en buen paso el camino hacia Mayorga.

DE CÓMO EN LAS CRÓNICAS DE VELILLA DE VALDERADUEY EXISTE EL RELATO DE UNA TREMENDA CATÁSTROFE, QUE NO HAN PODIDO COMPROBAR LOS MAS PACIENZUDOS HISTORIÓGRAFOS, Y QUE ES LA DESESPERACION DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

Sucesivamente pasaron por Bermeo, Aguilar de Campos, Cinos, Villavieja de los Caballeros y llegaron á Velilla de Valderaduey á las cinco de la mañana, y se detuvieron para tomar algunas cosas, porque este pueblo era el último por el que se iba que pasar para llegar á Mayorga.

I.

Llegaron aquella noche despues de oscurecido á Teso de Almenara, y doña Juana se alojó en la casa del rico hombre que se llamaba Gimeno Diaz de Paredes, que la obsequió como era de suponer fuese obsequiada una dama tal, tan principal y tan hermosa como doña Juana Nuñez de Lara, que á mas de la prepotencia de su casa, era esposa no menos que de un infante de Castilla, tutor del rey.

Tuvo consejo doña Juana con Melchor Zancudo y Márcos Lesmes, y se determinó se permaneciese en el pueblo hasta la media noche, y se emprendiese despues la marcha para llegar á las nueve ó las diez del dia á Mayorga; y como era posible que, aunque apestados los aragoneses, tuviesen alguna gente sana y cubriesen con ella el camino real de Valladolid, se determinó tambien que Melchor Zancudo fuese delante como en descubier.

ta con ocho hombres de armas y dos acémilas con víveres, para que no tuviesen que pasar mal rato.

Hubo sarao casa del rico hombre, al que asistieron todos los hidalgos é hidalgas de la villa para cumplimentar á doña Juana: duró este sarao poco mas de dos horas: recojóse doña Juana á las diez para levantarse á las doce, y á la hora en que doña Juana se recojia, Melchor Zancudo con el Zurdo y con Jusepillo, de quienes no se despegaba, no fuera que se le escapasen, y con ocho hombres de armas, emprendió en buen paso el camino hácia Mayorga.

II.

Sucesivamente pasaron por Berrueces, Aguilar de Campos, Ceínos, Villavicencio de los Caballeros y llegaron á Velilla de Valderaduey á las cinco de la mañana, y se detuvieron para tomar lenguas, porque este pueblo era el último por el que se tenía que pasar para llegar á Mayorga.

III.

Zancudo se fué en derechura á la taberna, porque tanto habian bebido durante la noche él y sus hombres, que habian dado fin de las botas.

En la taberna se almorzó de lo que se llevaba y se bebió de lo que en la taberna habia; y despues de bien comido y bien bebido, Zancudo se fué casa del rico hombre que se llamaba Gudiel Fernandez de Zamora, y que como todos los ricos hombres de aquel tiempo estaba ya de punta, avivando á sus patanes para que se fuesen á la labor.

Preguntóle altivamente y en nombre del rey, Zancudo, qué noticias se tenían del cerco de Mayorga, y aunque Gudiel Fer-

andez de Zamora era altivo como todo rico hombre, se encontraba sin mesnada ni mas que dos malos rocines en la cuadra, al paso que Zancudo llevaba en sus ocho hombres de armas un pequeño ejército, contestó mansamente que nada se sabia sino que, los aragoneses, afligidos por la mano de Dios, hacia ya dias que ni aun habian pensado en hostilizar la villa, sino que por el contrario, los de la villa, que eran caritativos, habian salido para auxiliar á sus enemigos apestados.

—De modo, dijo Zancudo, que podemos ir tranquilamente á Mayorga, como si fuéramos á nuestra casa, en completa paz y seguridad.

—¿Pues y quién lo duda? dijo el rico hombre: si quereis yo os acompañaré, porque tengo necesidad de ir á visitar á un pariente mio en Mayorga.

—Gracias, dijo Zancudo, pero yo me quedo en el pueblo hasta que llegue cierta ilustre persona, por cuya seguridad únicamente os he preguntado si se podia llegar sin obstáculo á Mayorga.

—¿Es la reina esa ilustre persona? dijo todo apresurado el rico hombre.

—No es la reina ni el rey, contestó Zancudo; pero fuera de sus señorías no hay otra persona mas alta en Castilla que la persona que va á pasar dentro de algunas horas por aquí.

—¿Y quién es? ¿quién es? se apresuró á decir el rico hombre.

—Es la señora infanta doña Juana Nuñez de Lara, esposa del señor infante don Enrique el Senador, tutor del rey, dijo Zancudo llenándose la boca con estas palabras.

IV.

Sobresaltóse el rico hombre al ver que tanta grandeza iba á pasar por Velilla de Valderaduey, cogiéndole desprevenido y poniéndole en apuro.

Hay que advertir, que los ricos hombres no eran entonces lo

que fueron dos siglos despues, infanzones ó grandes de Castilla; eran simplemente el hombre mas rico de una localidad: hoy el rico hombre, se llama primer contribuyente, y su influencia y sus atribuciones, si así puede decirse, vienen á ser las mismas, porque ellos son los que son ó hacen al alcalde, los que nombran al diputado, los que gestionan en interés propio todo lo que concierne á la localidad.

Lo mismo acontecia en los tiempos de que nos ocupamos respecto á los ricos hombres, que eran mas ó menos ricos, mas ó menos influyentes en la cosa pública, segun que era mas ó menos importante ó rica su localidad.

De modo que, el rico hombre de una aldehuela, era infinitamente menos rico que el de una villa importante, y un pobre diablo comparado con los ricos hombres de las grandes villas y de las grandes ciudades; la cabeza estaba en relacion con el cuerpo: un raton no puede tener cabeza de leon, ni un leon cuerpo de raton, porque esto seria lo mismo que suponer vivos y en ejercicio una cabeza sin cuerpo y un cuerpo sin cabeza.

Ahora bien, el rico hombre de Velilla de Valderaduey era de los ínfimos, una cabeza de raton: su territorio se labraba con cuatro pares de mulas, y sus cosechas cabian en una panera no muy grande y en una exigua bodega.

A pesar de esto tenia su rocin, su arnés y su lanza y su piedra de armas sobre el frontispicio de su casa rural, á la que llamaba, no sabemos con cuánto atrevimiento, castillo, y que no tenia de tal mas que cuatro almenas melladas encima de la puerta.

V.

Así es que, cuando este personaje supo que iba á llegar á Velilla de Valderaduey, una infanzona tal como doña Juana Nuñez de Lara, se sintió cubierto de sudor frio por la imposibilidad en que se encontraba de hacer á tan gran señora un recibimiento digno.

Detuvo, sin embargo, á los peones que se dirigian al campo, les mandó cortar juncia para entapizar con ella la calle Real del pueblo, por donde debia pasar doña Juana, y ramos verdes para hacerla arcos de triunfo.

Asimismo se fué á buscar al alcalde y á los del concejo; los sublevó, los alarmó: mandóse que los vecinos se vistiesen de gala y se alegrasen mucho y diesen muchos vivas, sopena de ir á la cárcel el que no obedeciese.

Convínose con el cura que él, con el beneficiado y el sacristan y el monaguillo y los hermanos de la cofradía que habia en el pueblo, saldrian con capa pluvial, guion y fagot, á recibir á la señora infanta; que con el concejo iria el rico hombre y los mejores vecinos vestidos de gala, que se repicarian la campana y el esquilon, que se saldria al encuentro de la señora infanta, que se la alojaria en la casa del rico hombre, preparada de la mejor manera posible, y que mientras la señora infanta tomaba algun refresco, se cantaria en la iglesia un solemne *Te-Deum*, y tocarian delante de la casa del rico hombre los gaiteros del pueblo, y bailarían al son las muchachas.

Dispuesto todo esto, que era lo que podia hacer Velilla de Valderaduey, el rico hombre, promovedor de todo, preguntó á Zancudo cuánto tiempo tardaria en llegar al pueblo la señora infanta.

—Cuatro horas por lo menos, respondió Zancudo.

—¡Ah! exclamó lleno de alegría el rico hombre: pues en cuatro horas soy yo capaz de volver de arriba abajo la villa.

Y se entregó con un entusiasmo heroico á activar los preparativos.

VI.

—¡Pues veis todo eso que hace el rico hombre y lo que se desvive por festejar á la señora infanta, esposa del tutor del rey? dijo á Zancudo un labriego taimado, cachazudo y morlaco, que

estaba echado contra la pared de la casa del rico hombre; pues antes de que la peste acometiese á los aragoneses, iba y venia á su campo, que estaba á partir un piñon con ellos, y gritaba y nos hacia gritar: ¡viva el rey Alfonso! y decia á todo el que le queria oir, que no habia mas remedio que oirle, que la reina era una mala mujer y una ambiciosa, que acabaria por hacer que su hijo el rey don Fernando perdiese la corona, con otras muchas infamias que decia, y que si queríamos ser felices, solo con el infante de la Cerda podríamos serlo; y esto era porque creia que iban á ganar los aragoneses y que la reina estaba abandonada del cielo y de la tierra, que cuando vió que Dios componia las cosas de otro modo y que la peste venia sobre los aragoneses y los mataba, patentizando que Dios protegía á la reina, porque solo los aragoneses, y no otros, eran los apestados, y que morian como ovejas acometidas de morriña, y que don Diego Lopez de Haro con otros señores se iban al bando de la reina, cambió el sayo y empezó á decir que la reina era una buena mujer, y los que tenian la culpa eran los que la rodeaban, y que servir á la reina y al rey era servir á Dios, con otras muchas cosas que decia, tan contrarias de las que habia dicho antes, como son contrarios el dia y la noche, el agua y el fuego, porque este rico hombre es de los que se ponen al sol que mas calienta, y de esta manera, y sirviendo siempre al que ha podido mas, ha ido aumentando sus terrones y haciéndose riquillo, que para él, la conciencia es lo que menos importa, que está siempre dispuesto á venderla, aunque sea por poco dinero.

—Pues amigo, eso nada tiene de particular, contestó Zancudo, porque así son hoy todos los de Castilla, y hombre hay que nada tenia cuando empezaron las trabacuentas del rey don Alfonso con el rey don Sancho su hijo, que, cambiando continuamente de lugar y de parecer, se ha hecho rico y poderoso: la lealtad es cosa que no se usa, y nadie sirve al rey cuando el rey nada puede darle. Quedad con Dios, que voy á meterme con mi gente casa de este rico hombre, á ver si nos dan algo bueno que almorzar.

—¡Pues no han de daros! si servís á la señora infanta, espo-

sa del tutor del rey, dijo el labriego: os dará lo mejor que tenga en su casa el rico hombre: que os haga buen provecho.

—Sí me hará, aunque no sea muy bueno, que yo tengo grande estómago, dijo Zancudo, y se entró en la casa.

VII.

Todo el pueblo andaba alborotado: lo primero porque habia que obedecer las órdenes del rico hombre; lo segundo, porque todos sentian una viva curiosidad por conocer á la señora infanta.

El rico hombre habia enviado alguna gente á lo largo del camino, á fin de que con humaredas avisasen la aproximacion de la señora infanta.

El cura habia puesto en la torre de la iglesia un atalaya para que en cuanto viese la señal voltease la campana y el esquilon, cuyo volteo sería la señal para que el pueblo de Velilla de Valderaduey saliese á recibir á la infanta.

Hubo sus disputas acerca de quién habia de decir una saluacion á la infanta, si el rico hombre, si el cura, si el alcalde: porque el uno era el representante de los hidalgos del pueblo, el otro el de la comunidad, y el otro, en fin, el de la religion y el de un convento de monjas que en el pueblo habia y que se estaban preparando tambien para salir al encuentro de doña Juana, que como hemos dicho anteriormente, la clausura era poco rígida en aquellos tiempos.

Por último, como el cura, el rico hombre y el alcalde estaban en muy buena armonía, y cada cual tenia tan buenas razones como sus contrincantes para pretender llevar la palabra, determinóse, para evitar disgustos, que la suerte lo decidiese, y echándose en un cántaro tres pequeños pergaminos enrollados, cada uno de los cuales llevaba el nombre de uno de los aspirantes á orador del momento, agitóse el cántaro, metió la mano el

cura, á quien se dió la preferencia por lo respetable de su estado, sacó un pergamino, le desenrolló, y con mucho sentimiento suyo leyó el nombre del rico hombre.

La alegría de este se aguló en un momento.

—¿Y qué le voy yo á decir á la señora infanta? exclamó.

—Eso, vos lo vereis, dijo el cura; puesto que os ha tocado la suerte de que seais vos quien la hable, estudiadlo allá con vuestra mujer y vuestra sobrina, que lo que es el alcalde y yo, no tenemos que hacer otra cosa que añadir un amen á lo que vos digais.

—Pues ese es el caso, dijo el rico hombre, qué es lo que se tiene que decir antes del amen.

—Allá, allá vos con vuestra mujer y vuestra sobrina, dijo el alcalde, repitiendo lo que el cura habia dicho.

—¿Pero qué entienden mi mujer y mi sobrina de lo que se tiene que hablar á tales príncipes? ¿no seria mucho mejor que el señor cura, que es licenciado, lo escribiera?

—Es que yo soy muy corto de vista y no puedo escribir ni vos podeis escribir lo que yo os diga, porque no sabeis escribir otra cosa que una cruz cuando teneis que firmar.

—Aquí está el alcalde, dijo el rico hombre, que ha sido maestro de escuela y sabe escribir á las mil maravillas; y se me ocurre una cosa, que diciendo vos, señor licenciado, lo que se debe decir á la infanta, y escribiéndolo el alcalde y relatándolo yo luego de memoria, todos hemos hablado con la señora infanta.

—Sí, dijo el alcalde, pero vos os habreis llevado la loa y el agradecimiento.

—No señor, contestó el rico hombre, porque yo diré á la señora infanta que llevo la voz por lo que soy; pero que lo que digo lo ha dicho el señor licenciado, y que lo habeis escrito vos, y que yo lo he aprendido de memoria.

Esto salvó la dificultad, porque igualaba los servicios.

El cura habia pensado, el alcalde habia escrito y el rico hombre habia aprendido de memoria y habia relatado.

Empezóse, pues, la redaccion del discurso en el consistorio,

y aunque resultó muy corto, no se invirtió en ello menos de hora y media.

El cura andaba torpe y se disculpaba con que él no sabia hablar ningun género de oracion como no fuese en latin, y que el romance se le atascaba porque no tenia costumbre.

Al fin, el discurso fué hecho: sacado en limpio por el maestro de escuela, retiróse el cura para tener preparada la procesion para cuando llegase la infanta, y el alcalde emprendió la no ligera tarea de leer una y otra vez y renglon á renglon al rico hombre el discurso, á fin de que lo aprendiese de memoria, en lo cual se invirtió no menos que otra hora y media.

En esto se oyó el volteo de la campana y el esquilon, y el rico hombre y el alcalde salieron á escape del consistorio para ir á ocupar en la procesion su lugar, vestidos tal y conforme se encontraban, y no atreviéndose á ir á sus casas á vestirse de dia de fiesta, no fuera que entre tanto la infanta se les echase encima y faltasen á aquella solemnidad.

Emprendióse, pues, la marcha en el orden siguiente:

Primero, los gaiteros de la villa; despues el rico hombre, el alcalde con el concejo, y los hombres buenos; despues el guion de la parroquia y el cura con el beneficiado, el sacristan, el monaguillo, el piporro y el tamboril; luego la cofradía de los agonizantes con sus hábitos morados; despues la abadesa con la comunidad del convento de Jesus, entre la cual iban doncellas coronadas de flores, y con flores en las manos para ofrecerlas á la señora infanta.

Estas doncellas eran las hidalgas.

Despues de esto, marchaba en monton la plebe, y por último, repantigado en su corcel, con la lanza alta, la adarga embrazada, hinchado como un portugués, el alférez Zancudo, llevando tras sí sus ocho hombres de armas, y pegado á la derecha, porque de él no se despegaban, al Zurdo sobre su cuartago, llevando á la grupa á Jusepillo.

En las casas no habian quedado mas que los gatos, porque los perros acompañaban á sus amos.

Cuando la procesion salió del pueblo, no quedó en él mas